

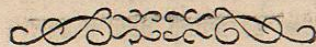


VII. ESTACION.

El Palacio de Heródes, en donde á nuestro Señor le pusieron por irrisión una vestidura blanca.

El Palacio de Heródes, se ha arruinado enteramente, y nada conserva de su antigua magnificencia. La casa fabricada sobre las antiguas ruinas, pertenece á un turco que no deja entrar los cristianos en su casa. No se puede imaginar lo que nuestro Señor padeció en casa de Heródes, en materia de desprecios, de sátiras, de insultos y de ultrages. Este príncipe, despues de haberlo adulado al principio, con la esperanza de verle hacer algun milagro; viendo que no podia sacar

de él ni una palabra, lo despreció, lo trató de loco y de insensato, con toda su corte, lo hizo vestir de una mala ropa blanca, y lo volvió á enviar á Pilatos con una vestidura tan vergonzosa para mostrar el menosprecio que hacia de él. Sobre lo cual diremos á nuestro Señor, con un gran sentimiento de compasion y de dolor: ¡Ah, amable Salvador mio! ¡cuántos Heródes hay todavía en el mundo entre los mismos católicos, que se burlan de vos, que os mofan y os insultan, hasta en vuestras iglesias y delante de vuestros altares, cometiendo tales irreverencias é inmodestias, que se avergonzarían de cometerlas en casa de un hombre de bien! ¡Oh, si yo pudiera á costa de mi vida detener estas insolencias sacrílegas, que tarde ó temprano atraerán sobre nosotros las justas venganzas del cielo! Pero ¿de dónde viene, caritativo Redentor, que rehuséis decirle la menor palabra al rey Heródes? Me imagino que no habiendo en tres años cuidado oír vuestros divinos sermones, no merecía oír de vuestra sagrada boca ninguna palabra.



ORACION.

Salvador mio adorable, os pido humildemente perdon de tantas inmodestias como se cometen todos los dias en vuestras iglesias en vuestra presencia: y os suplico nos hagais la gracia de que entremos dentro de nosotros mismos, para portarnos de hoy en adelante con mas devocion, modestia y silencio.

Tambien os suplico, amable Salvador mio, que useis de misericordia con nosotros, por nuestras negligencias en oir y aprovecharnos de la palabra de Dios: confiados en vuestra asistencia, proponemos ser mas cuidadosos en asistir á oirla, y aprovecharnos de ella segun vuestra santa voluntad.

Padre nuestro y Ave Maria por los que cometen inmodestias en las iglesias, y por los que se descuidan de oir los sermones ó aprovecharse de ellos.



VIII. ESTACION.

La sala en donde las carnes de nuestro Señor fueron rasgadas con los azotes.

La sala de los azotes tiene en cuadro siete ú ocho piés de estension. La columna á que fué atado nuestro Señor, estaba en medio, y probablemente sostenía la bóveda, como en tiempo de San Gerónimo sostenía el pórtico de la iglesia del Monte Sion, estando aun toda salpicada de sangre. Entra, alma mia, con un santo horror en esta sala, para contemplar el mas cruel y mas trágico espectáculo que se puede ver bajo del cielo. ¿Sabes bien quien es ese á quien despo-

jan de todos sus vestidos, y atan á una funesta columna? Es el hijo del Eterno Padre, es el Hijo de María, es Jesus tu Redentor. — ¡Qué vergüenza y confusion para este Hombre-Dios, ver su desnudez expuesta á los ojos desvergonzados de sus verdugos, y á las lenguas mordaces de una canalla insolente! ¡Qué! ¿no se hallará alguna hoja de árbol para cubrir el cuerpo vírgen del segundo Adán, como se encontraron para cubrir el cuerpo del primero? Serafines, bajad prontamente del cielo, para hacerle un velo con vuestras alas. Sol, eclípsate y esconde tu luz, para robar de la vista de esa gavilla de infames picarones esas carnes sagradas, que no deben ser miradas sino de los ángeles. Pero verdugos, ¿por qué atais tan fuertemente las delicadas manos de ese Cordero? ¿no sabeis que el amor con que desea la salvacion de los hombres, es quien le hace abrazar la columna, y que ningun lazo sería capaz de tenerlo atado á ella, sin su caridad? ¡Oh columna! si yo fuera tan dichoso que estuviera en tu lugar, y estuviera abrazado de mi Salvador, durante el tiempo cruel de sus azotes, á mas del honor de encontrarme entre sus brazos y gozar de sus divinos abrazos, quizá hubiera podido

librarlo de algunos golpes, recibiendo los yo por él. ¿En qué me detengo? Hé aquí los verdugos armados de disciplinas de cuerdas anudadas, de palos de espinas, y de cadenas de hierro, que empiezan á descargar con furia y á porfia, un torbellino de golpes sobre el delicadísimo y sensibilísimo cuerpo de mi amable Salvador, sin perdonar ni á brazos, ni á piernas, ni á costados, ni á parte alguna, sobre que no dejen señales horribles, y sangrientos vestigios de su diabólica rabia. Deteneos desventurados; basta; es demasiado lo que habeis hecho; es un exceso espantoso que cometeis contra un inocente, contra el rey del cielo, contra el hijo único de Dios. Ya está despedazado y todo rasgado; su sangre corre á borbotones; el pavimento, la columna, y las paredes están teñidas. Deteneos, crueles verdugos; deteneos de parte de Dios. ¿Pero qué voz terrible oigo, que grita tremendamente: Herid, verdugos, doblad vuestros golpes, no perdoneis á ese paciente que se os ha puesto entre las manos; pasad mas allá de cinco mil azotes? Esta es la voz del Padre Eterno. Padre Eterno, ¿donde está vuestra misericordia? ¿donde está vuestra justicia? vuestra misericordia, no teniendo compasion de vuestro hijo único; vuestra justicia, no

teniendo miramiento á su inocencia, sino haciéndole atormentar en lugar de los culpables. Vos sabeis que nuestros delitos son los que han atraído sobre él los males que sufre. ¿No es pues mucho mas justo que nosotros llevemos la pena? Nosotros somos los que os hemos ofendido. Este Cordero nunca hizo otra cosa sino amaros y honraros: ¿por qué pues, castigarlo tan duramente? Desnudeces soeces, pecados villanos de la carne, vosotros sois quienes obligais al casto é inocente Salvador á sufrir el vergonzoso y doloroso suplicio de los azotes. Yo os detesto; yo os aborrezco, y ruego á Dios que os esterminé del mundo.



ORACION.

¡Ah, querido Salvador mio, tan vergonzosamente despojado, y tan cruelmente azotado, despedido, desollado! Pero ¿porqué estais en este lastimoso estado? Lo estais por nuestras vergonzosas desnudeces, por nuestras insolencias, por nuestras impurezas. Es necesario que sean bien abominables, pues para expiarlas sufristeis tan grandes confusiones y tan horribles dolores. De todo corazon os pedimos perdon de ellas, las detestamos, las aborrecemos, y las renunciamos; y en cuanto estuviere de nuestra parte, las exterminaremos así de nosotros como de los demás; y proponemos portarnos en todo lugar y tiempo, de dia y de noche, en público y en secreto, con mas modestia, y mas cristianamente. Haced, mi dulce Salvador, que así como vos nos dais la gracia para hacer estas buenas resoluciones, nos la deis tambien para cumplirlas.

Padre nuestro y Ave Maria, por la exterminacion de las inmundas desnudeces, y de los viles pecados de la carne.





IX. ESTACION.

El pretorio de Pilatos, en donde nuestro Señor fue coronado de espinas.

Los residuos del palacio de Pilatos, sirven todavía de alojamiento al gobernador turco, que el gran Señor envia todos los años á Jerusalem. El antiguo pretorio se vé con dolor, sirviendo de cocina á los infieles. Es un salon embovedado, en donde los presidentes romanos hacian justicia. En otro tiempo se subia á él por una escalera de veinte y ocho gradas de mármol, que fueron transportadas á Roma, y es lo que comunmente se llama la escala santa. Es menester transportarnos

con el espíritu á este salon, para ver padecer en él al Salvador un nuevo género de suplicio, nunca oido hasta entonces, y que no pudo haber sido sino inventado por los demonios en figura de hombres. Apenas el hombre de dolores, Jesus, había sido desatado de la columna; apenas se había acabado de bañar en su propia sangre, con la que había calado los vestidos que había vuelto á ponerse; cuando los verdugos, mas crueles y mas implacables que tígres, lo arrastran en un tan lastimoso estado al pretorio del palacio de Pilatos, para que sirviese de pasatiempo á toda la soldadesca que estaba de guardia. Sol, ¿viste jamás una diversion mas horrible, que la que se va á tomar á costa del Salvador? Le arrancan violentamente sus vestidos, pegados ya á su carne sangrienta y rasgada: juzgad con qué aumento de dolor se espone otra vez su cuerpo virginal, todo desnudo á los ojos de aquella desvergonzada canalla: concebid cuál sería su vergüenza. ¿Qué pretenden estos desventurados? Hacer de Jesus un hombrecillo de dolores. Le echan sobre las espaldas un ropage vil y despreciable de grana; lo hacen sentar sobre un trozo de una columna de jaspe como sobre un trono; le ponen en la cabeza una corona de espinas de jun-

cos marinos, que tenía setenta y dos puntas; le ponen en la mano una caña en forma de cetro. Miradlo, ¡qué bien sentado, vestido y coronado á lo real! Ya no resta otra cosa, sino tratarlo como á rey de farsa: ¡y tendrán valor para esto? ¿Qué? ¿es posible que insulten á un pobre paciente, todo ensangrentado, y que tiene el cuerpo todo rasgado y sajado desde los piés hasta la cabeza? No, no es posible, á no ser que el infierno vaya á la parte. Mirad como se tiran á él. Uno dobla las rodillas en ademan de adorarle, diciéndole: Dios te salve, rey de los Judios: al mismo tiempo le dá una gran bofetada, y le escupe en la cara. Otro le toma la caña de las manos, y le dá fuertes cañazos en la cabeza, para meterle mas adentro las puntas de las espinas. Y á este modo todos los demas á proporcion y á porfia. Cielo, Angeles, Dios; ¿podeis ver este funesto y trágico juego, sin disparar rayos y truenos sobre las cabezas sacrílegas de los autores de él? ¿Y quiénes son los autores? Vanidad, ambicion, orgullo; tú eres quien has procurado á mi Salvador esta cruel coronacion de espinas; tú eres quien has hecho cometer estos implacables excesos contra su sagrada cabeza. Aquí, alma mia, entra en un éxtasis de dolor y de

contricion; grita altamente contra éste maldito pecado: dí suspirando y derramando torrentes de lágrimas: Pecado de vanidad, yo te detesto; pecado de ambicion, yo te quiero esterminar; pecado de orgullo, yo te quiero sepultar en lo profundo de los infiernos con los demonios y los condenados, para que no quede memoria de tí entre los hombres, y para que mi Salvador no sea ya coronado mas de espinas.



ORACION.

Salvador mio, que fuiste villanamente, y menos que medio cubierto de un ropage vil y despreciable, yo os pido perdon de toda la aficion que he tenido á mis vanos adornos: quiero retirar de ellos mi corazon, ser mas modesto en adelante, y tener mas cuidado de la belleza de mi alma que de la de mi cuerpo.

Vos fuiste puesto sobre la punta de un banco por irrision, para que os sirviera de trono: esto me hace arrepentir de mi vanidad, la cual me hacia buscar los mas honrosos lugares: no quiero pararme mas en estas bagatelas. Os ponen una caña por cetro en la mano, para decir que no tenias potestad ninguna, vos que sois Todopoderoso, y que el dia del juicio tendreis el rayo en la mano para arrojarlo contra los pecadores. Esto me anima á no hacer ya mas violencias á nadie, como si en efecto no pudiera hacerlas.

Pero Salvador, príncipe y rey mio, ¡con qué género de corona os veis coronado! Con una de gruesas y largas espinas. ¡Y á quién os pare-

ceis en este estado? ¡Qué dolores y oprobios para vos! ¡pero qué motivos de agradecimiento y de amor para nosotros! Aquí, Salvador mio, me aniquilo, aquí dejo toda la vanidad de que he tenido llena la cabeza, y aquí me someto de todo corazon á todas las confusiones y humillaciones que os gustare me sucedan todo el resto de mi vida.

Padre nuestro y Ave Maria por la esterminacion del pecado de vanidad, de ambicion y de soberbia.






X. ESTACION.

El arco del Ecce Homo, en donde nuestro Señor fué comparado con Barrabás, y este le fué preferido.

El arco del *Ecce Homo* es el resto de una galería antigua, que pertenecía al palacio de Pilatos, y que domina la gran calle de donde el Presidente romano podía dejarse ver y hablar al pueblo. Queriendo Pilatos librarle á Jesus la vida, por conocer que era inocente, lo hace subir con él sobre esta galería, y desde allí lo muestra al pueblo en el lastimoso estado en que se hallaba, no teniendo ya figura de hombre; tan hinchado estaba su pobre rostro, tan cubierto de sangre,

de cardenales y de salivas: y para ablandar los corazones tan endurecidos de los judíos, les dijo: Ved aquí al hombre que perseguís de muerte, mas que suficientemente castigado: ¿no estais contentos que yo lo deje ir sin pasar á otra cosa? Al oír esto, se levantó una voz general de todo el pueblo, que decía: Quita este hombre delante de nuestros ojos; condénalo sin dilacion al último suplicio, al suplicio de cruz. Es inocente, replicó Pilatos; ¿queréis que yo haga morir á un inocente, y que su sangre pida á gritos venganza contra mí? El pueblo con mayor gritería repite: Es reo de lesa Magestad divina y humana: se ha hecho Dios, se ha hecho rey: debe morir; y su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Pilatos, por tentar todos los medios de salvar á Jesus, dijo al pueblo: Ahora es vuestra Pascua; se debe, segun costumbre, dar la vida y la libertad á un reo: yo os propongo dos, Barrabás, insigne ladron y matador, y á ese Jesus, que se dice ha hecho tantos milagros en vuestro favor, curando vuestros enfermos, dando vista á vuestros ciegos, y resucitando vuestros muertos: ¿á cual de los dos queréis que libre? Cielo, tierra, espantaos. El pueblo solicitado por los escribas y fariseos, y llevado de un espíritu

diabólico, clama muchas veces: Viva Barrabás y sea crucificado Jesus. El que quiere salvarle la vida á Jesus, se declara por enemigo del César. ¡Ah, amable Salvador mio, no hay que contar con vuestra vida; vos sois muerto, pues Pilatos está amenazado con la enemistad del César! Haz reflexion, alma mia, sobre la comparacion que se hace de Jesus con Barrabás, y sobre la preferencia que se dá á Barrabás sobre Jesus; y despues de haber considerado bien una y otra indignidad, déjate llevar de una justa indignacion, no contra los judios, sino contra tí misma, que tan frecuentemente comparas tu interés, tu honor, tu deleite con Jesus; y que tan frecuentemente das la preferencia á tu interés, á tu honor y á tu deleite, en perjuicio del amor y servicio de Jesus.



ORACION.

Todos nosotros, Jesus mio, vemos la rábia y la locura de los judios en haber preferido á Barrabás sobre vuestra divina persona; pero no tenemos ojos para ver con qué locura y con qué rabia siempre que pecamos, preferimos un punto de honor, una vanidad, una corta ganancia, un ligero y miserable placer, á vuestro servicio y á vuestro amor. ¡Oh, y cuántas veces! ¡cuántas veces! Nosotros pecamos tan frecuentemente; nunca pecamos que no hagamos esta infeliz eleccion, y esta horrible preferencia. ¡Ah, y cuánta verdad es que los pecadores son unos locos!

Pero, Salvador mio, ahora que por vuestra gracia nos abris los ojos, quedamos sorprendidos y confusos á vista de nuestra locura; os pedimos humildemente perdon, os suplicamos sin cesar que en adelante nos hagais escoger la mejor parte como á la Magdalena, uniéndonos inseparablemente á vuestra divina persona, y prefiriendo vuestro amor y vuestro servicio á todo lo demás, á honras, á hacienda, á deleites, y á nuestras pro-

pías vidas.

Un *Padre nuestro* y una *Ave Maria*, por los que por desgracia prefieren los intereses temporales, y la satisfaccion de sus pasiones, al servicio de Dios y á la salvacion de sus almas.

El camino de cautividad se acaba en casa de Pilatos.



Número de los pasos que nuestro Señor dió en el camino de cautividad, hasta que fué sentenciado en casa de Pilatos.

Desde el huerto de los olivos hasta la casa de Anás, suegro de Caifás, hay unos mil y trescientos pasos.

De la casa de Anás hasta la de Caifás, doscientos y sesenta pasos.

De casa de Caifás hasta el palacio de Pilatos, hay unos mil y trescientos.

Del palacio de Pilatos, hasta la sala de los azotes, veinte y cinco pasos, y otros tantos á la vuelta.

Que hacen en todo dos mil novecientos y diez pasos.



La escala santa.

Tres veces subió nuestro Señor, y otras tantas bajó la escala del palacio de Pilatos, que se llama la escala Santa, y al presente está en Roma.

La primera vez la subió al venir de casa de Caifás.

La bajó la primera vez, al ir á casa de Heródes.

La segunda vez la subió, cuando volvió de casa de Heródes.

La bajó la segunda vez, al ir á la sala de los azotes.

La tercera vez, la subió al volver de la sala de los azotes.

La bajó la tercera vez, al ir al Calvario.

Esta escalera está en tan gran veneracion en Roma, que cuando la sube el Papa, la sube de rodillas, y á su ejemplo los demas cristianos.



El camino que hay desde el palacio de Heródes al Calvario, se llama el camino doloroso, porque nuestro Señor anduvo este camino estando sentenciado á muerte, rasgadas sus carnes, y todo sangriento por sus dolorosos azotes, teniendo la cabeza coronada de espinas, y llevando su Cruz.

